

RECORD DEL MUNDO

EN LAS ENTRAÑAS DEL PIRINEO

POR JUAN MARIA FELIU

200 HORAS DE LUCHA CONTINUA CONTRA EL CAUDAL SUBTERRANEO DEL RIO SAN MARTIN

La Sima de la Piedra de San Martín es quizás, la más famosa del mundo. Su renombre internacional se debe, en primer lugar, a que en ella encontró la muerte en trágicas circunstancias el destacado espeleólogo francés Marcel Loubens, y segundo, a sus fantásticas proporciones y profundidad.

El famoso «agujero» ha sido explorado en diversas ocasiones, pero nunca de manera tan sistemática y eficaz como en el verano de 1960, en que espeleólogos franceses, belgas, italianos y españoles se reunieron junto a la famosa muga del Tributo de las Tres Vacas.

En julio de aquel año evolucionaron sobre Larra aviones y helicópteros juntos con «democráticos», pero prácticos mulos que fueron los encargados de transportar muchas toneladas de material al campamento situado en las cercanías de la Sima de la Piedra de San Martín.

Esta sima se abre en la superficie de Larra a unos 1.750 metros de altitud en una estrecha oquedad, formando una chimenea vertical que se abre entre paredes que desciende interrumpidamente hasta 365 metros de profundidad. Y después, un caos de rocas inmensas, pasadizos, ríos, lagos y cascadas, precipicios enormes, galerías y salas de proporciones gigantescas, que se proyectan hacia abajo, siempre hacia abajo, hasta la increíble hondura de 1.110 metros desde superficie.

Tres torre Eiffel una encima de otra. Casi treinta y cuatro catedrales de Pamplona superpuestas...

Una cualquiera de las salas de la Sima de San Martín, no es más que una insignificancia comparada con la totalidad del conjunto natural subterráneo.

Sin embargo en la Sala de La Verna cabrían holgadamente cinco Plazas del Castillo. La gigantesca cúpula de esta sala se levanta hasta 150 metros. A la altura de una casa de 48 pisos...

Actualmente los espeleólogos no efectúan el peligroso descenso de la vertical de la sima —en realidad facilitaría la progresión «Río Arriba» en el territorio

español— sino como ya hemos indicado en otras ocasiones, la entrada al interior de este fabuloso conjunto subterráneo, se realiza a través del túnel artificial abierto por la «Electricité de France» en 1961, que conduce atravesando la montaña desde el barranco francés de Arphidia hasta el interior de la caverna en la Sala de La Verna.

Y... llegó el día de la cita con la caverna roncalesa para iniciar una nueva campaña internacional. El día 13 de julio, después de asistir junto a la célebre muga 262, la vieja «Piedra de San Martín», al tradicional Tributo de las Tres Vacas, una vez más enfilaba por los culebreantes senderos de las empinadas laderas del Soum de Leché, camino al diminuto pueblecito zuberotarra de Santa Engracia.

Al atardecer, dos viejos amigos de otras expediciones; Jean Marc Fermuguy de Rouen y Eves Graovac de Louviers llegan adelantados a la cita.

El día 14, es de jornada de gran actividad, llegan espeleólogos, material y víveres con gran puntualidad; Jacques Sauterau (Jefe del equipo de Rouen), Pierre Wandenfield, cameraman de la película en color que se prepara para filmar sobre el desarrollo de la Expedición «Río Arriba» son los primeros en llegar. Luego Maurice Wandenfield (hermano de Pierre), Veronique Desbore, una muchacha que por sus cualidades y conocimientos supera en mucho a bastantes personas que se hacen pasar por espeleólogos. Isaac Santesteban (Jefe del Grupo de Espeología de la Institución Príncipe de Viana de Pamplona), Rubén Gómez, del Espeleo Club de Bordeaux, Noel Nichaux, Geólogo y Jefe del Speleo Club de Bordeaux, los hermanos Cristian y Dominique Maigre de Le Havre, Jules Desbore (hermano de Veronique) y por último, el bien conocido espeleólogo —nuestro popular intérprete hispano-belga— Félix Ruiz de Arcaute, del Grupo de Ciencias Aranzadi de San Sebastián.

Tras los saludos de rigor se preparan los primeros planes, puntualizando el desarrollo y organización de la expedición en el Hotel Hondagneu, tradicional lugar de cita de los espeleólogos que desde hace 40 años se reúnen en este típico hotel, antes de dispersarse hacia las profundidades del macizo. Pensaba en el clásico Hotel Seiler de Zermatt de antes de 1900, en el que simpáticos propietarios, más amigos que hoteleros, tomaban parte en las esperanzas, en las alegrías y en los desengaños de los Whimper y los Munmery.

Del mismo modo, volvemos a encontrar aquí, con el placer de siempre, no disimulado, los rostros abiertos y acogedores de la familia Hondagneu.

A las seis de la tarde, tras una larga caravana de sobrecargados mulos del material más diverso, remontamos el barranco de Arphidia, camino a la cabaña de la «Electricité de France» en la entrada del túnel de La Verna.

En hora y media se alcanza la cabaña de tipo canadiense, que ha servido durante estos últimos años de campamento base para todas cuantas expediciones se han desarrollado en el interior de la caverna, tanto río arriba como río abajo.

Entramos en el barracón de madera todos los bultos transportados por este último equipo de mulos, y una vez más convertimos en poco tiempo en un maragnun de fino sabor espeleológico.

Tras la cena nos sumimos en el sueño de la noche, pensando en esa noche inmensa y eterna que nos espera con un gran interrogante para mañana.

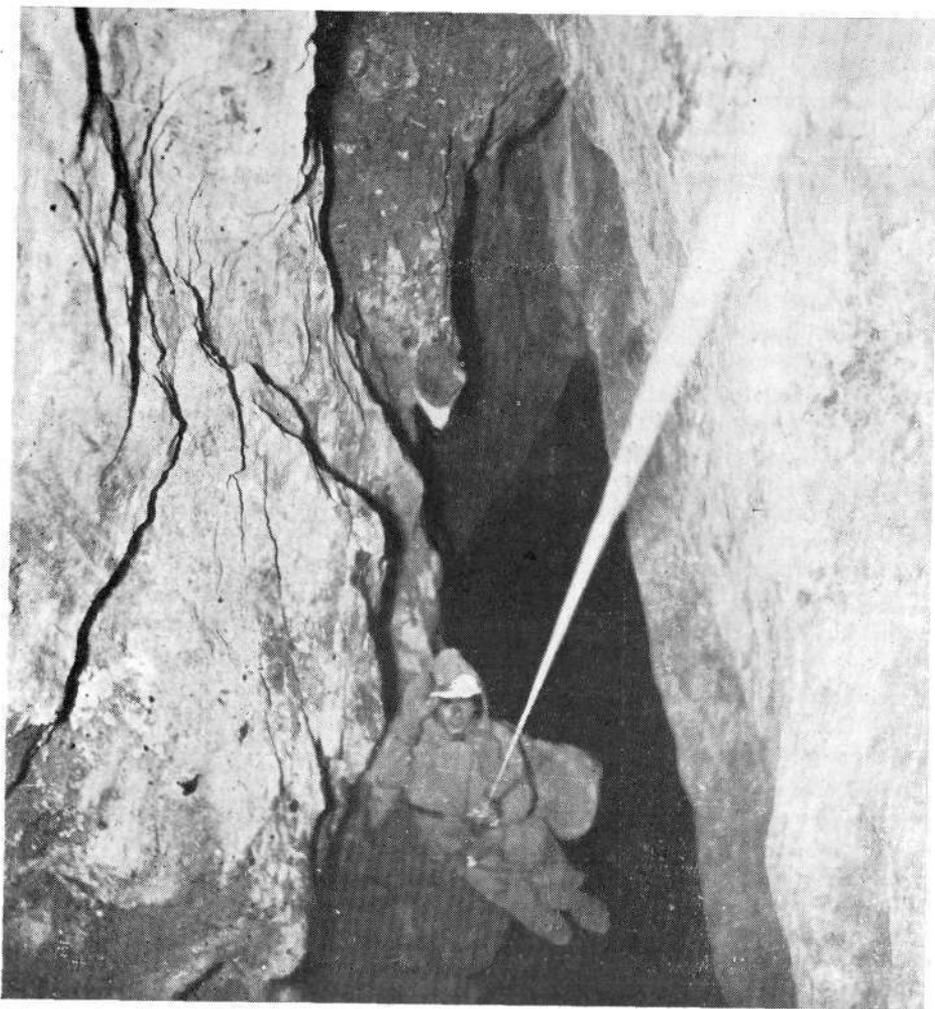
PYRENAICA

Está ya alto el astro rey cuando en el interior de la cabaña comienza a haber una extraña mezcla de ruidos y sonidos. Es la hora de los preparativos.

Al rato, acompañados de alegres cantos de los pájaros que pululan por la espesa vegetación de Arphidia, penetramos hacia el túnel de La Verna, uno tras otro, hasta catorce personas.

El viento fuerte, más bien húmedo del túnel de La Verna nos acoge. Tenemos «carne de gallina» durante algunos metros. Nuestros amigos que quedan en el exterior cierran la puerta, parando de esta manera la fuerte corriente de aire. Una vía de vagonetes de 800 metros va a conducirnos a la sala de La Verna,

Sima de la Piedra de San Martín. Un espeleólogo descendiendo, suspendido del cable, la vertical de más de trescientos metros. (Foto J. San Martín)



600 metros más baja que la entrada de la sima, la cual se abre en la montaña a una altitud de 1.717 metros.

Silenciosos y con paso ligero nos adentramos hacia la otra salida del túnel. Algunas maderas donde crecen setas, maderas podridas, un vagón abandonado y, de súbito, un ruido de cataratas. Es la cascada de La Verna.

Seré tan insensato que levantaré una vez más los ojos para buscar las estrellas, como lo hicieron Lepineux y Epelly cuando en 1953, desembocaron en esta fantástica sala por primera vez. Este anfiteatro gigantesco de 240 metros de diámetro por 150 metros de altura escapa, ¡claro está!, a la pobre lámpara de acetileno, mientras que varias bengalas de magnesio lanzadas al unísono permite vislumbrarla, ¡y de qué manera!

¡Oh! Este perenne techo, donde algún abstracto Miguel Ángel ha colocado de una gigantesca pincelada toques blancos, rosas, grises, bronceados, ¡estos bloques revueltos del tamaño de casas!

Las constantes idas y venidas de espeleólogos y turistas han terminado por marcar un ancho camino que asciende hasta la Virgencita sobre la lápida en memoria del espeleólogo francés Marcel Loubens.

Una vez más, siguiendo el escandaloso río de San Martín, iniciamos el largo y penoso remonte cara al territorio de nuestra nación.

Pasados los laberínticos «meandros» entramos en la no pequeña Sala de Chevalier, cuyo suelo se aprecia el gran proceso clásico que tanto caracteriza a esta sala. Después, siempre hacia arriba, superamos el practicable sifón de la Adélie, y dejamos atrás la Sala Adélie para remontar el duro y largo cono de derrubios, cubiertos de una espesa capa de tierra arcillosa, para salvar por medio de una tiroliña de 40 metros en la vertiente opuesta, la caótica Sala de Quefelecq.

Una galería llana y amplia como una avenida, llamada el «metro», es el lugar más confortable de todo el conjunto subterráneo de la Piedra y es también el único sitio donde se puede ir con las manos en los bolsillos. De ella se alcanzan las salas de Marcel Loubens, Norbet Casteret y después de transponer la pequeña vertical de 18 metros llamada Gibraltar, pasamos la ¿frontera?, desprovista de toda señal «aduanera».

Teóricamente, una vez subido el espolón de Gibraltar, estamos ya en «el otro lado». Hablando con nuestros amigos franceses de los ambientes veraniegos de las costas mediterráneas remontamos la sala de Lepineux, en cuya bóveda se abre de manera impresionante la boca de la vertical de 365 metros que se inicia junto la «Piedra de San Martín».

Después de un refrigerio junto los restos de campamento de antiguas expediciones, comenzamos a remontar la fuerte pendiente de la Sala Lepineux. Los pasos difíciles se hacen aún más por la voluminosa carga que llevamos. Una vez remontados los terribles 80 metros de desnivel, nos encontramos con un verdadero caos de bloques que hacen nuestro avance muy peligroso. La marcha se hace pesada y lenta, y vamos descendiendo suavemente por una rampa que termina en una vertical de 15 metros que hay que salvar también con escala.

Entramos en la gran galería llamada «Avenida de Navarra». Pronto nos vemos obligados a dar numerosos saltos entre bloques que nos ocasionan gran distracción. Tomando la pared derecha avanzamos hasta la «Espada de Damocles»

donde quedan aún restos de campamentos de anteriores expediciones. Desde aquí, siguiendo las marcas de cinta fluorescente fijadas por otras expediciones, remontamos una gran pendiente de bloques llegando a un paso muy estrecho, única salida de este laberinto. Unos metros más y llegamos a la Sala Madeleine que dejamos al Este para bordear seguidamente un gran cono de derrubios desde donde vamos perdiendo altura.

En seguida comienza a oírse el ruido del río, que se va haciendo cada vez más estruendoso. Llevamos tres horas sin escucharlo, desde su desaparición bajo los bloques de la Sala de Loubens.

Bruscamente aparece la corriente que se suma con violencia en un túnel de bloques gigantescos. Remontamos la corriente hasta llegar a una playa con ensanchamiento del río y brusco cambio de dirección. Poco después damos con los depósitos de material del Speleo Club de París, de Bordeaux, Rouen y el nuestro, junto a la estación terminus. Once horas nos ha costado recorrer poco más de tres kilómetros y medio.

Junto con Isaac me dispongo a dormir después de una cena bien preparada, sobre nuestros botes neumáticos en la parte inferior del famoso «Túnel del Viento». Nuestros amigos llegan algo atrasados, nos ven ya en nuestras «camas» y deciden superar el Túnel del Viento e instalar más confortablemente una tienda gigante en la playa de Arlés en la parte superior del túnel, lugar donde instalamos en la expedición de 1965 el Campamento Base subterráneo de la exploración «Río Arriba».

Los espeleólogos Graovac, Desbore (Jules y Veronique), Fumiguy, Wandelfield (Maurice) y Maigre (Dominique) retornan a superficie, después de realizar su labor de «porteur» y explorar independientemente de nuestro equipo la Sala Balandraux en «Río Abajo» de La Verna.

Poco después el silencio se adueña de los dos campamentos separados por el impresionante tubo del viento.

Unos fuertes codazos sobre mis costillas me despiertan de un extraño sueño. Como sonámbulo veo levantarse a Isaac y más tarde me animo a seguirle, de nuestros incómodos botes neumáticos, volviendo lentamente a la realidad de la caverna.

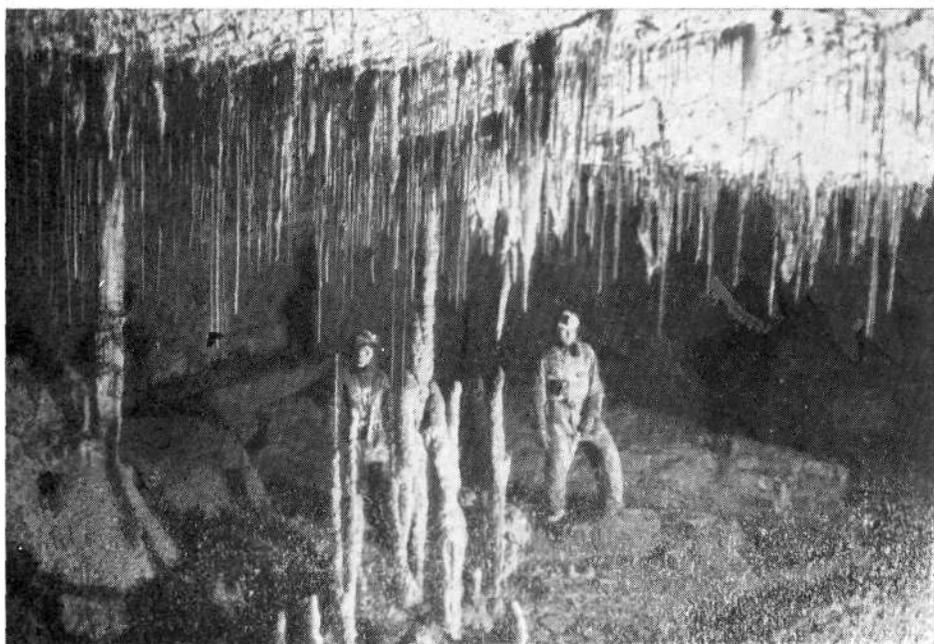
Estas salidas de nuestro cálido refugio de los sacos especiales de dormir, están cargadas de ilusión y dureza. El frío y la terrible humedad se apodera del cuerpo hasta la médula de los huesos.

Desde la pequeña isla que constituye la «Estación Terminus», en la parte inferior del Túnel del Viento, vemos unos 30 metros de galería estrecha, ocupada por un profundo lago.

Preparamos los botes neumáticos, ya que no hay otro procedimiento de progresión que la navegación, y con parte de nuestro material depositado en este lado del renombrado tubo, embarcamos para llegar junto a nuestros compañeros acampados en la zona superior del tubo.

Por este conducto sale una violenta corriente de aire helado que levanta fuerte oleaje en la superficie del agua.

Pronto nos apercebimos en la parte más peligrosa de que sólo los remos nos son imposibles para remontar la corriente.



Sima de la Piedra de San Martín. Galería «Aranzadi», que por la misma aún continúa la sima.

(Foto J. San Martín)

El ruido se hace cada vez más fuerte, dando la impresión de que nos acercamos a una cascada. El techo desciende y llega un momento que parece imposible remontar. Inclinandonos sobre los botes y agarrando a los pequeños resaltes del techo conseguimos progresar hasta llegar a un recodo violento donde de repente el viento cesa.

La galería vuelve a tener amplitud y remando llegamos hasta una playa arenosa en cuya parte elevada vemos las pequeñas luces de los cascos de nuestros compañeros, que descansan sobre las estalagmitas que surgen por doquier en la fina arena de la playa de «Arlas».

En una tienda de campaña especial, capaz para 8 personas, encontramos a nuestros soñolientos compañeros.

Poco más tarde de haber ingerido un buen desayuno, junto con Isaac que nos encontramos preparados, iniciamos una labor de «porteur» hasta la Sala Príncipe de Viana para ir ganando tiempo.

El plan de este segundo día de permanencia en el interior consiste en avanzar con material de campamento y exploración hasta el punto más avanzado posible hacia «Río Arriba», para una vez instalado dicho campamento base, lanzar los ataques sobre una distancia menor a años anteriores en los términos de las pasadas expediciones.

Tenemos que hacer un paso de hombres para remontar los dos metros que separan el río del Túnel de Viento al nuevo conducto del líquido elemento. A poca distancia está el ensanchamiento del río de unos 50 metros. Arrastrando

los botes y con nuestras siempre pesadas mochilas al hombro hacemos mil movimientos de peligrosa gimnasia sobre inestables bloques de piedra para llegar después de nueva navegación a la gran sala de Príncipe de Viana.

Todo es feo e ingrato. Trabajosamente llegamos a la cúspide de esta sala donde resulta verdaderamente difícil mantener el equilibrio. Comentamos que toda precaución es poca, ya que los bloques tienen demasiada inclinación (unos 45° a 50°) para que puedan mantener mucho su posición.

Comenzamos a descender por una gran pendiente. Muy cerca uno del otro y con todo el tacto del mundo, llegamos a una especie de corredor al final del cual reaparece el río en un remanso bastante profundo. En bote atravesamos el lago y continuamos por un verdadero cañón donde el río baja rápido. Al fin llegamos a un nuevo desembarcadero donde se inicia una fuerte pendiente de suelo arcilloso. Por ella ganamos la caótica cúspide del bien llamado «Derrubio del Terror», donde termina sobre un pozo de unos 30 metros de paredes extraplomadas, erosionadas de tal manera por las aguas que producen angustia. En su fondo discurre nuevamente el río.

Dejamos el material portado hasta la boca del pozo de Hidalga y volvemos hacia el campamento del Túnel del Viento para ayudar a nuestros compañeros que suponemos en camino.

Llegados al campamento nuevamente retornamos hacia el pozo de Hidalga, esta vez todos juntos.

Tras los preparativos del descenso del pozo, Noël es el primero en descender, el cual realiza una serie de péndulos en el vacío para lograr el aterrizaje sobre suelo firme. Después le sigo acompañado de la complicada labor del descenso del material.

Pierre Wandefield, Cristian Maigrene y Jacques Sautereau que vienen detrás nuestra filmando la película retornan al campamento del Túnel del Viento, para mañana progresar hasta el nuestro avanzado con más material.

Estamos en la entrada del «Gran Cañón Fossil». Es Noël, quien encuentra sobre el característico paso de la «Gran Cornisa», en la mitad del recorrido del citado fenómeno, un lugar apropiado para montar nuestro campamento base avanzado, que constituiría un avance jamás logrado por anteriores expediciones de «Río Arriba».

Lentamente vamos transportando todo el material hasta remontar sobre la Cornisa, a una altura de 25 metros sobre el fondo del Cañón Fossil.

Es alargada y estrecha, su parte más ancha tiene unos 6 metros, la más estrecha tan sólo llega a unos centímetros. En este lugar montamos una tirolina para asegurarnos a ella ya que es paso obligado para trasladarnos de la cocina y depósito de material que preparamos en un lado, y la tienda gigante común en el otro.

Pronto nos familiarizamos con el lugar y aprovechando una débil gotera que cae de un incierto techo, organizamos el abastecimiento del líquido elemento al campamento.

Esta vez con más rudimentarios utensilios, volvemos a preparar nuestro condimiento para después zambullirnos en los sacos de dormir en busca del calor tan ausente de nuestros cuerpos...

A las diez de la mañana comienza a haber movimiento en el interior de la tienda.

El doble sistema de los sacos de dormir, de plumón e isotérmico, sigue dando buen resultado. Continúo utilizando el bote neumático como colchón, y éste no deja de demostrar su eficaz colaboración con nosotros. Incluso para dormir.

Después de los preparativos para el ataque a la Sala Suze desayunamos copiosamente, iniciando seguidamente la marcha por la galería fósil, camino al embarcadero del «Gran Cañón». El plan de hoy consiste en depositar un campamento-vivac para dos personas en el «Terminus de 1965» en la Sala Suze, para desde allí, seguidamente esas dos personas (Isaac y el que suscribe) continuar la exploración por lo ignorado, rumbo «Río Arriba».

La existencia de un elevado nivel del agua en el río nos hace sospechar que algo no marcha bien en el exterior.

Pronto observo con Félix, únicos concedores en esta ocasión, del río en el «Gran Cañón» durante la expedición de 1965, apreciamos un aumento sobre su nivel normal de dos metros.

Nos repartimos en tres botes y con ellos iniciamos una arriesgada aventura, amenazando con acabar en trágica.

Sin darnos cuenta de su verdadero peligro, llenos de optimismo, equipados pobremente el equipo español para solucionar el contratiempo de la crecida del río, avanzamos contra corriente durante metros y más metros, con animos de llegar a la lejana Sala Suze.

Nuestra larga navegación, entrecortada con frecuentes transbordos en cada barrera rocosa, en cada pequeña cascada nos llevó finalmente a unos peligrosos rápidos de turbias aguas, donde el «Gran Cañón» se estrecha en forma de meandro.

Es aquí donde los pasajes se tornan más difíciles y comprometidos. Después de una corta deliberación, decidimos retornar todos al campamento de la Cornisa.

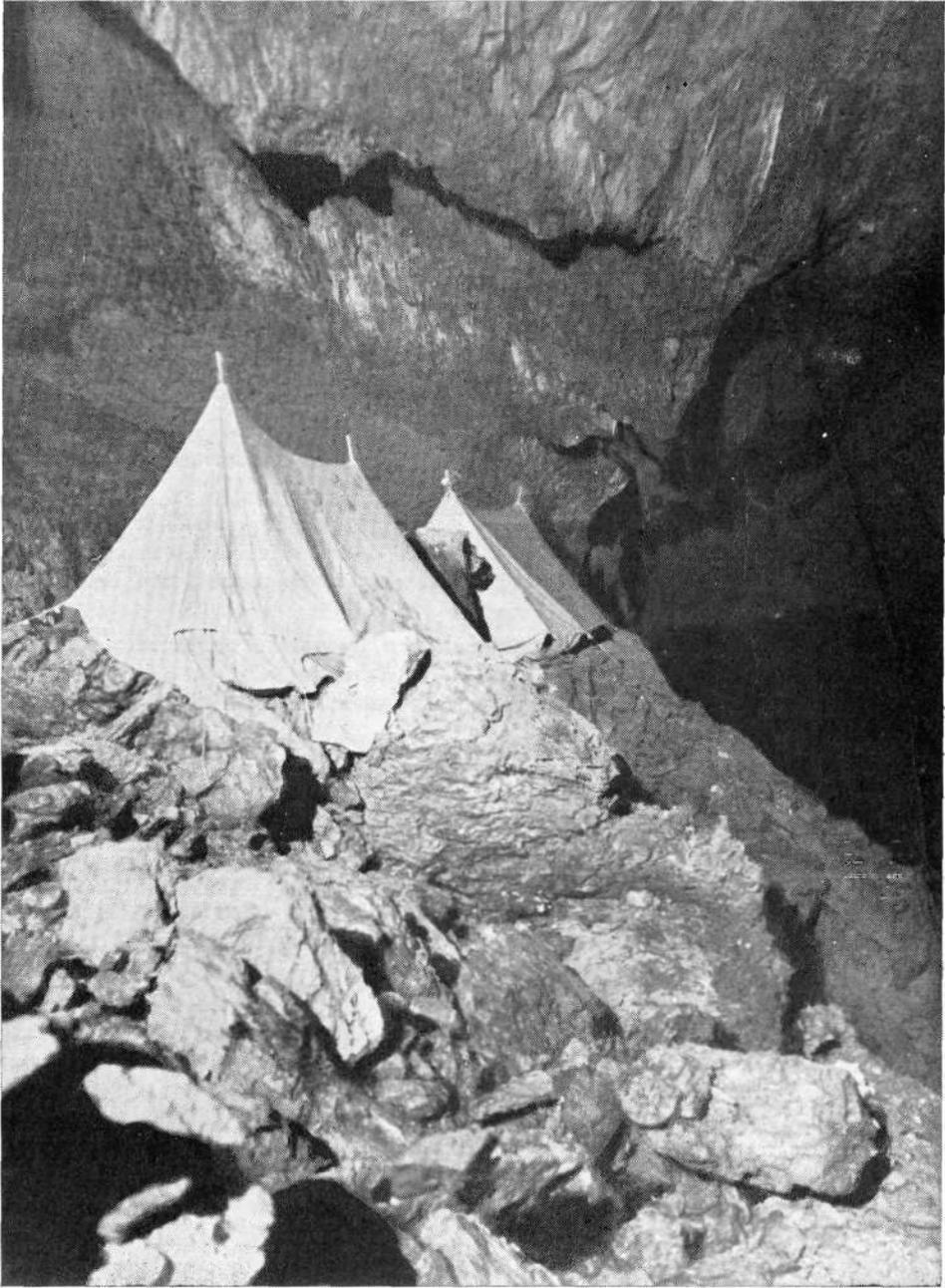
Esta etapa fue bastante movida. El descenso escalofriante en el momento en que nuestros frágiles botes penetran en las zonas de rápidos. Pese a las tirolinas de cuerda que montamos sin cesar en las paredes del cañón, para frenar el descenso del conjunto de los botes, el último de ellos volcó en aguas de una profundidad incierta, y los ocupantes tuvieron que salvarse, no demasiado fácilmente, a nado, en la oscuridad, sumidos en un baño de 2 grados con 9 décimas.

Un segundo bote reventó en una punta rocosa, y se hundió bajo el peso de dos hombres. El oleaje del torrente invadía constantemente los botes y fue preciso adherirnos a las paredes, salir del bote, dar vuelta a él y volver a embarcar para evitar el temido naufragio colectivo de la expedición.

Calados hasta la médula, excepto Ruben y Noël, que visten trajes isotérmicos de hombres ranas, retornamos al campamento base. Han pasado 16 horas desde nuestra partida del campamento.

Al llegar oímos voces lejanas que provienen de la zona de Hidalgo. Junto con Ruben marchó en busca de los esperados visitantes que se acercan al campamento. Son los tres cineastas que vienen con el material cinematográfico y nos comunican la desagradable y temida noticia de que estamos bloqueados por las aguas en el «Túnel del Viento».

PYRENAICA



Sima de la Piedra de San Martín.
Campamento en la Sala Chevalier.

(Foto J. San Martín)

Después de hacer un breve examen de la situación, comemos copiosamente para retornar una vez más, rendidos y tiritantes a los sacos de dormir.

El ruido de la gotera convertida en cascada, sigue hoy con el mismo ímpetu. Esto nos hace suponer que seguimos bloqueados sobre la «Gran Cornisa» y que en el exterior continúan las precipitaciones.

Después de una inspección en el embarcadero, Noël Lichaux comprueba un nuevo aumento del nivel en la torre de señales marcada por él.

En vista del panorama tan incierto que se nos presenta optamos por tomar la cosa con filosofía. Y así lo hacemos.

Mientras el equipo de Rouen, con sus cámaras filman diversos aspectos del campamento y el Gran Cañón, el resto nos dedicamos a la investigación del mismo y en sus múltiples ramificaciones.

La jornada pasa volando y nuevamente nos introducimos en los sacos en busca de calor y descanso para nuestros ateridos cuerpos...

Hoy miércoles, es el quinto día que llevamos en el interior de la caverna de San Martín, y comenzamos a tener cierta nostalgia de la luz, los colores y la vida natural.

Noël, siempre inquieto y preocupado por el resultado de la expedición decide forzar el Túnel del Viento, sea cual sea su dificultad, y descender hacia La Verna, para salir a la cabaña de la «Electricité de France», en el exterior, donde nuestros amigos bordeleses tienen almacenados un gran stok de material.

Poco más tarde Noël y Ruben parten con sus equipos de hombres ranas, con el fin primordial de abastecernos a los que carecemos de este material y realizar de esta manera con más garantía un segundo asalto a la Sala Suze.

Isaac trae buenas noticias del embarcadero. El agua a descendido 60 centímetros sobre el nivel de ayer, aumentando las posibilidades de paso de nuestros compañeros bordeleses.

Durante la jornada de espera al retorno de nuestros compañeros, nos dedicamos a nuevas escenas de cine y fotografía, para volver nuevamente a los húmedos y helados sacos de dormir.

Sobre las cinco de la mañana, son las voces resonantes de Jacques quien despierta a todo el campamento. ¡Viene Noël! Poco después, dos pequeñas luces se acercan a nuestra tienda. Ruben y Noël traen aires de fatiga, pero al verlos sonrientes con su voluminosa carga de sacos de goma-estanco, suponemos que han logrado su propósito.

Poco después nos acompañan en el sueño interrumpido por su inesperada llegada.

Son las doce horas cuando nos levantamos definitivamente, y es cuando Noël nos lee una nota de nuestro buen amigo, el biospeólogo Michel Cabidoche, recogida en la cabaña y dirigida a todos nosotros, dándonos una mala noticia.

En ella, de manera muy breve, nos pone en conocimiento de un doble accidente ocurrido en el Meandro Martín a Veronique Desbore, del equipo de Rouen y a Dominique Maigrene del Havre. Este último en los trabajos de salvamento de Veronique.

Ambos fueron rescatados rápidamente por miembros de los Grupos de Socorro

PYRENAICA

en Montaña y por último fueron trasladados en un helicóptero de la «Protección Civil» al Hospital de Pau.

El resto del equipo que exploraba la Sala Balandraux había partido en compañía de Veronique y Dominique, los cuales por fortuna sólo sufrían diversas fracturas en los miembros inferiores.

Después de una fuerte comida parten para el exterior, pues las aguas ya no bloquean el Túnel del Viento, Pierre Wandenfield (cameraman) y Christian Maigrene (hermano del accidentado).

Rubén se queja de un fuerte golpe en un brazo, descansará en el campamento y es el joven jefe del grupo de Rouen, Jacques Sautereau, quien nos acompañará en el segundo ataque hacia la sala Suze.

A las 13,30 horas de la mañana, todos equipados completamente con equipos de hombres ranas, partimos nuevamente hacia el embarcadero con menos peso que en anteriores intentos, ya nuestra intención es realizar la labor exploratoria de manera continua, con un margen de 30 horas, sin campamento alguno más arriba, y volver a la Gran Cornisa.

En el embarcadero comprobamos con alegría el fuerte descenso del agua, muy inferior al primer ataque del 17 de julio.

Con claro optimismo y sin grandes obstáculos avanzamos rápidamente, arrastrando los botes río arriba.

Pocos son los lugares que hay que embarcar y rápidamente superamos los rápidos que nos frenaron en el primer intento, para llegar seguidamente a una sala o zona amplia del gran cañón, donde el río desaparece entre grandes bloques clásicos.

Delante de nosotros se levanta un fenomenal amontonamiento de rocas a cuya cúspide son incapaces de llegar nuestras potentes lámparas. Es la «Primera Barrera». Unos pequeños cairns dejados por nosotros en la última expedición nos indican con facilidad los pasos y gateros clave bajo la barrera. Luego el río reaparece de nuevo.

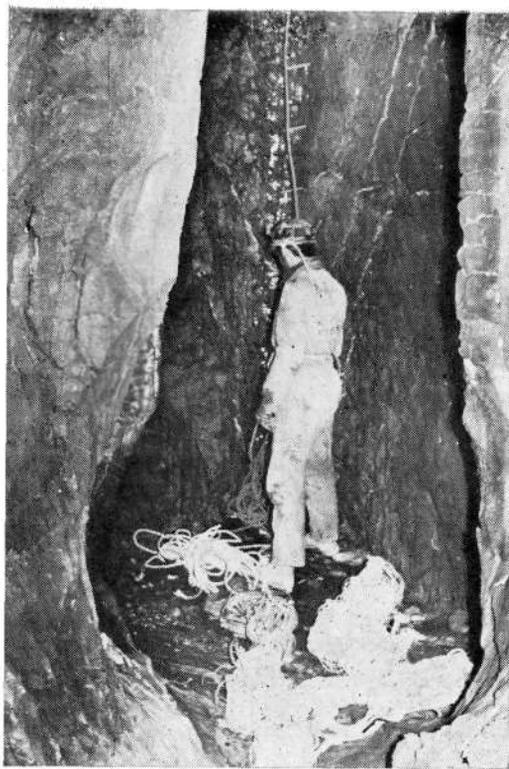
Al rato una impresionante montaña de bloques indica nuestra llegada a la «Gran Barrera». La continuación es difícil, y nos vemos precisados a dejar un bote en la parte inferior, ya que la progresión es un continuo juego de acrobacias.

Todo son dudas hasta salir nuevamente al río en la parte superior. De una manera imprevista, me separo con Noël, dejando atrás a nuestros compañeros con los botes. Nuestra inquietud es grande por llegar a la Sala Suze.

Pasan las horas, y los obstáculos van siendo eliminados. Las dificultades que vamos encontrando durante el recorrido, desprendidos de los botes y con una sola mochila estanca, dejan lanzarnos en ágiles escaladas en las barreras, cornisas, franqueo de paredes y cascadas, que aumentan progresivamente hacia la Sala Suze, superando las dificultades encontradas hasta el momento.

¡Jean Marie! Noël llama desde un punto más avanzado y me comunica su preocupación por el río. Observo detenidamente y compruebo contrariado el nivel del agua.

¡Vuelve a subir! Sí, cerca ya de la entrada de la Sala Terminal, el río vuelve a enloquecerse, bramando con inusitada fuerza. Una nueva crecida, pensamos.



Fondo de la primera vertical de 25 mts. de la Sima de Bazaburuko o Tete Gauvage en el curso del equipamiento del conducto que más tarde haría volver una vez más el record del mundo de profundidad al País Vasco.

(Foto Ruben Gómez)

A las trece horas de continuo trabajo entramos junto a la «Gran Cascada» a la Sala Emilio Castiella, dando fin al recorrido acuático por el «Gran Cañón» de 2 kilómetros. Más arriba, siempre hacia arriba, la Sala Suze.

Pronto perdemos el río, en el fondo de la caverna. Caminando sobre enormes rocas desprendidas del techo, recubiertas de arcillas de decalcificación que las hacen sumamente resbaladizas, buscamos la continuación del río que sifona entre bloques en la parte inferior de la Sala.

Noël espera impaciente a nuestros compañeros sobre un resalte, mientras busco el acceso para continuar por el río nuevamente por terreno inexplorado. Después de un rato anuncio a Noël el feliz descubrimiento de la continuación. Cerca del conducto se encuentra un gran cairn que señala el límite explorado en la expedición de agosto de 1965.

Pasa el tiempo y nuestros compañeros no llegan. Impacientes volvemos al ruido, impresionados por el carácter que toma por momentos el río y con onda preocupación por nuestros amigos, retornamos río abajo. Tres veces intentamos volver con el agua que quiere arrastrar nuestros cuerpos.

Aferrándonos a las paredes como vulgares lapas, retrocedemos lentamente, ahora en busca de salvación, de nuestros compañeros y los botes.

Intentando mantener a toda costa la cabeza fuera del agua, nos dejamos llevar, a veces, por la corriente. En unos momentos que son críticos, el cuerpo

parece fosilizarse con un extraño hormigueo, provocado por los 2,9 grados de temperatura del agua.

¡Allo! «Noël, allí lejos se ven luces». Poco después entablamos conversación a gritos con nuestros compañeros, que esperan angustiados nuestra aparición sobre una pequeña isla, temiendo por lo peor.

Fatigados y completamente helados por nuestra interminable experiencia acuática, abrazamos a nuestros compañeros. Unos y otros nos consideramos salvados y tenemos mucho que hablar. Nosotros teníamos la comida y el infiernillo de butano, ellos los botes y el material de exploración.

«Isaac ha sufrido un serio accidente» —explica Félix con su característica mímica inquieta—. Su rostro sin esbozar el menor gesto, con el cerebro funcionando, pero sin accionar ningún músculo, ningún nervio. Quería y ni podía obedecer.

Y sigue Félix. «¡Llevamos dos horas dándole fuertes masajes a sus músculos atenzados por calambres, después de un naufragio en que fue al fondo del río con el pesado pete!» Noël, que es el hombre providencial, saca un chaleco isotérmico seco del saco, con el cual Isaac comienza a reaccionar.

Luego empiezo a tiritar. Creo que mis compañeros también. De momento me distraje; luego fue agotador. Intenté vanamente detener el ininterrumpido castañeteo de mis mandíbulas; duró hasta el final, a las 26 horas.

Afortunadamente no todo era desagradable. Jacques captura en estos momentos un ejemplar del famoso insecto cavernícola aspenops, que habita únicamente en la zona francesa del complejo subterráneo de San Martín. Este hallazgo, según palabras de Michel Cabidoche más tarde, tiene su valor dentro de los estudios que se están realizando a través de varios años de observaciones muy importantes.

Nuevamente embarcamos con los botes, con un río de una fuerza y nivel superior al primer ataque, volvemos hacia el campamento. Cada 50 metros montamos las tirolinas fijadas a la pared para retener los incontrollables botes.

Con la experiencia del anterior intento vamos dominando el río y volvemos con algunos sustos, uno de ellos con un bote menos que fue tragado por las turbulentas aguas, más abajo de la «Gran Barrera».

La fatiga me embrutecía. ¡Estaba muy lejos de pensar en estos momentos cuál sería el lugar en el que podría terminar con esta aventura! Dormir, dormir...

Continuamente, en los pocos lugares donde podemos embarcar nos detenemos unos minutos para intentar hacer circular de nuevo la sangre por nuestras piernas dolorosamente anquilosadas, con la tensión e inmovilidad de los botes.

Una vez en el campamento de la «Gran Cornisa», llegamos felizmente a las 26 horas de nuestra partida, somos atentamente cuidados por Rubén que no descansa un momento.

Me costó el dormirme, por fin Morfeo me acogió en sus brazos y pude descansar de las fatigas y emociones, apretujado entre mis compañeros en busca de un calor casi perdido en las entrañas del Pirineo. La verdad que me costó recuperarlo.

LO QUE PASO DESPUES... UNAS BREVERIAS

Poco después de marcharnos el equipo español, nuevamente Noël, Rubén, acompañados del entusiasta paisetarra de Santa Engracia, Dominique Salaberri, volvieron a atacar la Sala Suze, y con un río en pleno estiaje que fue domado sin dificultad alguna, alcanzaron el término, efectuando la magnífica labor topográfica de los extremos del Gran Cañón.

Esto ha sido en resumen la actividad desarrollada durante la expedición conjunta entre los equipos de Aranzadi y Príncipe de Viana con los franceses en julio de 1966.

Con mayor suerte climatológica y por lo tanto de actividades desarrolladas, del 1 al 15 de agosto tuvo lugar un nuevo ataque a «Río Arriba» por equipos de Príncipe de Viana y del Speleo Club de París, éstos últimos al mando de Charlie Estarlegous, siendo los componentes del equipo navarro Javier de Diego, de Pamplona y los estelleses Julián Larumbe, Paco Lizarri y Jesús López.

La actividad desarrollada en esta última expedición fue muy importante, ya que fueron superados 800 metros nuevos de galería virgen y con la topografía de esta última exploración, ayudó a terminar la clave que el equipo de Max Cossyns y los de Montpellier perseguían para unir el exterior con la oquedad de San Martín, en los límites superiores explorados de la caverna. Así fue, y para ello sigamos leyendo...

ULTIMA HORA

LARRA HA RECUPERADO EL RECORD MUNDIAL DE PROFUNDIDAD

Cuando se descubrió la Sima de San Martín, hace ya dieciséis años, se abrió la gran posibilidad para en 1953 alcanzar la máxima profundidad, batiendo un récord que por la diferencia con el interior se hacía poco menos que imposible rebasarlo. Pero las entrañas de la tierra reservan grandes sorpresas y una de éstas se produjo poco después en la Sima de la Berger en Grenoble, alcanzándose los 1.139 metros que dejaban muy atrás los 737 alcanzados en el primer récord.

En esta ocasión se ha superado aquello para llegar a los 1.150 metros.

Siguieron las exploraciones, no obstante, en años sucesivos, despertando gran interés por ambas partes del Pirineo. Francia y España conjuntamente continuaron interesados en escudriñar el subsuelo de toda esta vasta zona de Larra, enclavada a lo largo de la gran cadena montañosa a una y otra parte. Los franceses tras grandes esfuerzos consiguieron abrir un gran túnel desde su lado hasta la sala La Verna, a lo largo de 800 metros, y fue entonces cuando se intensificaron las exploraciones del gran río que circula por aquellas profundidades, alcanzándose con ello un gran ahorro de trabajo puesto que desde allí, con ese fácil acceso, se consigue situar a los exploradores a un nivel de 797 metros de profundidad con relación a la boca de la Sima de San Martín.

Dado el interés común por conocer ese mundo del interior de la tierra se consiguió crear hace dos años una Asociación Internacional que habría de continuar los trabajos de exploración, integrándose en ella grupos espeleológicos de

PYRENAICA

Francia, Bélgica y por parte de España el de la Institución Príncipe de Viana de la Diputación Foral de Navarra.

La tal Asociación denominada de Investigaciones Científicas Internacionales de la Piedra de San Martín, emprendió una acción conjunta en el pasado año 1965 para culminar en éste, después de recorrer en las dos direcciones y enlazar con la nueva sima descubierta de «Basaburuko Leizenzat» (Sima de la cabeza melenada), que nace en las faldas del Anie a 1.879 metros sobre el nivel del mar, y la diferencia con el punto más bajo alcanzado por la otra parte en un pozo interior denominado «Aziza Farman», que se halla a 729 metros, es decir, con un desnivel de un lugar a otro de 1.150 metros.

La alegría del descubrimiento y sobre todo por el récord batido ha producido gran alborozo entre los participantes en la última expedición que lo han manifestado en un mensaje situado en el lugar de unión entre las dos rutas seguidas para alcanzar la proeza. El mensaje envuelto en plástico ha quedado enterrado bajo un montón de piedras y dice así:

«Este sitio han alcanzado los hombres del Basaburuko, bajando desde el lapiaz de Anie en el marco de operaciones organizadas por la Asociación ARSIP.»

Estos hombres representan el último eslabón, hasta hoy, de una larga cadena de hombres y esfuerzos que empezó en 1950 en el collado de Hernaz. El eslabón no es nada, pero la cadena aún está sin terminar. El trabajo que espera al espeleólogo es grande y de mucha más importancia que el de conseguir récord alguno.



Mme. Madelaine Casidoche, Ruben Gómez, Noël Lichaux y Michel Casidoche.